

Un viaje, un libro, una actitud

Por Sebastián Salazar Bondy

CUANDO Francisco Miró Quesada retornó de su viaje a la URSS y China y publicó en estas mismas páginas sus impresiones acerca de esos países comunistas, me conmovieron dos de sus argumentos explicativos del porqué había aceptado la invitación a cruzar la "cortina de hierro". El primero invocaba la verdad, la necesidad de verificar por sí propio, con el mínimum de prejuicio, la situación real de ambas naciones dentro del régimen comunista, para juzgarla sin las deformaciones de partidarios y enemigos. El segundo aludía a la libertad personal que es base de la dignidad y por la cual nadie debe —y menos, por cierto, un intelectual, un maestro universitario— impedirse a sí mismo el movimiento en el sentido que le indica su afán de conocimiento e investigación, su ánimo de saber directamente la forma y el contenido de un hecho tangible. Los serviles han acatado, sin mayor reflexión, como verdaderos autómatas, la prohibición tácita que alguien ha lanzado sobre esa "otra mitad del mundo", convirtiéndola a contrapelo en un tabú político y hasta moral que atrae aunque no se quiera. La "cortina" no ha ocultado, como se quería, sino, por el contrario, ha dado pie a infinitas conjeturas, paradisíacas unas e infernales otras.

Ambas, por supuesto, falaces, y ambas, además, por el bien o por el mal, seductoras. Francisco Miró Quesada ha dado una lección de independencia y consecuencia para con sus convicciones democráticas, y el libro que acaba de aparecer (1), primera parte de sus experiencias e impresiones en el universo marxista, es testimonio de su sinceridad, de su valor, de su inteligencia. Nuestra generación le tiene que agradecer el haber abierto esta brecha a través de la cual debemos ir quienes no tememos a la verdad, quienes queremos hacer un Perú nuevo sin embustes ni miedos, quienes queremos reemplazar, en la tarea constructiva que nos toca, las "idées recus" por los conceptos claros, netos, valientes, pese a quien pesare.

El libro, que el cronista ha leído de un tirón —así es de ágil, grato y entretenido—, declara las limitaciones que implica el opinar acerca de una realidad compleja vista durante un paseo rápido y oficial. La objetividad es lo único que cabe, no obstante la filosofía y la cosmovisión peculiares del viajero. Y Miró Quesada la ha logrado. No hay expresiones de horror, acusaciones cerradas, protestas violentas a propósito de lo que el autor ha comprobado de injusto o defectuoso, ni hay tampoco manifestacio-

nes de estupefacción, muestras de alegría, exclamaciones maravilladas frente a lo que en la URSS él ha comprobado como logros singulares o geniales. La posición, afortunadamente, no ha restado dramatismo al libro. Todo lo contrario: le ha infundido, en algunos instantes, cierto aliento lírico (señalo el capítulo titulado "El heroísmo como tragedia", de una belleza sorprendente, como ejemplo de esto) que no le conocíamos. Y ello es explicable. Ante principios y conceptos que rigen el sistema comunista —en especial los que emanan del dogmatismo de personajes inquisitoriales como el tal Chiquini, locutor argentino de Radio Moscú—, principios y conceptos de Miró Quesada se han sentido maltratados, tocados en su raíz doctrinaria e ideológica. A la reac-



ción emotiva ha seguido la reflexión, el examen de conciencia, y de ese contacto con sí mismo, con el hondón del ser, ha brotado la poesía, flor fecundada en el corazón central del hombre.

Como en un "film", imagen tras imagen, entrecruzándose las figuras en una secuencia tan variada como el viaje mismo, por medio de un "decoupage" que envidiaría cualquier cinematografista, desfilan ante el lector ciertos personajes, entre los que destaca Yura Zubritski, quechuista y etnólogo, cuya presencia se hace familiar y simpática. Gentes conocidas al azar, en la calle, y gentes del mundo oficial, con quienes se charla o se discute, aparecen, desaparecen, reaparecen, y en esta ondulación nos brindan, situadas en escenarios monumentales o

comunes, la palpitación humana sin la cual un texto no es vivo, interesante. En la relación con esas gentes, intelectuales u obreros, surgen las ideas y se manifiesta la fe. La pátina que ideas y fe dan al libro de Miró Quesada es lo que más y mejor determina su valor. Objetivo no como un registro, como un catastro, "La otra mitad del mundo" no prescinde en ningún instante de la actitud del autor.

Una actitud: he ahí lo que es preciso subrayar. Una actitud que no renuncia a la filiación humanista de Miró Quesada, sino que presta a su dirección y su marcha el sentido vital indispensable en todo alegato por la verdad. Lo importante es que esta actitud es la de una generación que apunta en el horizonte peruano, en el horizonte americano. Somos, aunque nos separen diferencias accidentales, humanistas, es decir, aspiramos a que, por encima de toda otra consideración, el hombre sea la razón de todo, del progreso y el bienestar, de la política y la ciencia, del arte y la filosofía, de la técnica y la organización social. Y para ello sabemos que sólo la libertad y la dignidad, entendidas como formas de la existencia espiritual y material, encaminadas a obtener el bien común, pueden justificar los regímenes. Sin ellas, liberalismo o comunismo, capitalismo o socialismo, son idolatrías nefastas. Precisamente, todo lo que Francisco Miró Quesada anota de su viaje que nos repugna o mortifica está en conflicto con esos dos valores esenciales. No ha escrito, pues, sólo por sí y para sí. Ha escrito en nombre de la generación a la que pertenece, y cualquier escritor o maestro joven del Perú podría firmar este volumen, el primero de un compatriota acerca de ese experimento enorme y delicado que es la URSS. Un libro, un viaje, una actitud. Se le ocurre al cronista que estos tres elementos conforman algo más trascendental: un paso hacia nuestra liberación, contra la cual están los fanáticos de derecha e izquierda, cuya meta es la continuación infinita de nuestro vasallaje político, económico, social y espiritual.

(1) Francisco Miró Quesada: "La otra mitad del mundo", Lima, 1959.

